

pero consiguen gracias de santificacion y de perseverancia para los justos, y gracias de conversion para los pecadores que comen este *Pan* con un corazon contrito y humillado: ellos, por decirlo así, son una segunda comunion infinitamente menos preciosa, y ménos terrible que la participacion del *Pan de la vida*, pero que la suple en algun modo en los Cristianos que no estan preparados como se debe, los dispone, y engendra y alimenta sus deseos.

Estas reflexiones y otras muchas que podreis deducir de los escritos sólidos de los Padres de la Iglesia renovarán quizá en algunos que me escuchan el espíritu de fé y de caridad, que animaba á nuestros Padres, para sus prácticas religiosas. Mas atentos entónces á conocer y adoptar el verdadero sentido esta obligacion, la cumplireis con mas fidelidad, y recogeréis frutos mas abundantes; y de esta suerte la union y la caridad que habreis cimentado en el tiempo, os asegurarán el derecho á esa caridad consumada de que solo se puede gozar en la eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA CEREMONIA

DE INCENSAR EL ALTAR.

APOCALIPSIS, CAP. VIII, VERS. 3.

Vino otro Angel, y se paró delante del Altar, teniendo un incensario de oro.

Voy á hablaros sobre una ceremonia que presenciáis todos los dias, ignorando sin embargo su verdadero espíritu. El uso de los *incensarios* es muy frecuente en la Iglesia, y lo es tambien en todas las otras religiones. La religion Judaica observaba religiosamente este uso, y dos Levitas, hijos de Aaron, fueron tragados por la tierra por haber puesto en sus incensarios

un fuego extraño. En la descripción magnífica que nos hace San Juan en su Apocalipsis del trono de Dios, y del Altar del Cordero, se habla con frecuencia del incienso que humea sin cesar en honor del Eterno, el qual consiste en las oraciones de los Santos. El incienso de que usa la Iglesia, aunque es material se dirige al mismo fin, y es el simbolo, y la imágen de un perfume mas precioso á los ojos de nuestro Dios: ruegos, hermanos míos, que observeis esta ceremonia con una fé mas viva, que la renoveis con una devoción mas tierna, y un fervor mas constante, y que os penetreis mas y mas del respeto que exigen todas las ceremonias que se hacen en la oblacion del tremendo Sacrificio.

Aunque en estas Instrucciones no tanto me propongo satisfacer la curiosidad, como edificar la piedad de los fieles, no dexaré algunas veces de subir hasta el origen de los usos recibidos en la Iglesia, y exâminar las diferentes variaciones que han tenido con el tiempo; pero por ahora nos basta saber que la *incensacion* consiste en los perfumes que se queman delante del Altar, que el

olor que esparcen estos perfumes es una figura de las buenas obras, y que el humo que producen representa la elevacion de nuestros corazones á Dios por medio de la oracion. La Iglesia no solo acostumbra *incensar* al tiempo de la oblacion, sino en otros muchos casos. Se *inciensa* el Altar, porque es la figura de Jesu-Cristo: se *inciensa* el Santo Evangelio, porque contiene la palabra de Dios: se *inciensan* los Sacerdotes, y los Levitas, porque son los Ministros de Jesu-Cristo: se *inciensan* las reliquias de los Santos, porque són los preciosos restos de los miembros de Jesu-Cristo: se *inciensan* los Cantores, porque son en algun modo los órganos de que se sirve la Iglesia para tributar al Eterno por Jesu-Cristo el homenaje de la oracion: se *inciensan* los Príncipes y los Señores temporales, porque como toda podestad viene de Dios, se le honra en aquellos que son en la tierra las imágenes vivas del Rey de los Reyes, y del Señor de los Señores: pero todas estas honras son relativas al que solo merece el honor, el imperio, y la gloria. Esta ceremonia se observa en los diferentes oficios de la Iglesia; pe-

ro como entre todos el Sacrificio de la Misa es el mas santo y respetable, tiene por necesario multiplicar las *incensaciones*, y aumentarlas en razon de la solemnidad.

Por tanto, quando el Sacerdote se llega al Altar en las fiestas solemnes *incensan* dos veces, y hace lo mismo inmediatamente despues de la oblacion: la explicacion de estas dos *incensaciones* nos hará conocer el espíritu de las demas. La Iglesia bendice el *incienso*, siempre que hace uso de él, para darnos á entender que no debe admitirse en el culto del Señor cosa alguna que no esté bendita, y que nosotros mismos somos indignos de tomar parte en él, si no procuramos atraer con la oracion las bendiciones de que necesitamos para hacernos dignos de honrarle. La oracion con que el Sacerdote hace esta bendicion, dice así: *bendito seas por aquel Señor, en cuyo nombre vas á ser quemado*; pero la oracion que se dice despues de la oblacion para bendecir el incienso, se extiende mucho mas, y en ella se invoca al Arcangel San Miguel, este Xefe de la Milicia Celestial, este Angel, que segun el testimonio de

la Escritura, está á la derecha del Altar de los perfumes, á fin de que la union del homenaje que tributamos en la tierra con el que se da en el cielo, no haga mas que un culto, así como no hay mas que un Sacrificio. ¡Qué grandes, qué santas, qué tremendas, son, hermanos míos, las funciones de los Sacerdotes! Ellos en este momento precioso son los Angeles visibles de la tierra, y estan al lado del Altar de los perfumes con un incensario en la mano á la manera de estos espíritus. Este incensario debe ser de oro purísimo: es decir, que debe su corazon estar limpio de toda mancha de pecado. El fuego que queman en sus manos debe ser el fuego de una viva caridad, y los perfumes que usan deben componerse de sus oraciones, y de las de todos los fieles; pero sostenidas y animadas con el ejercicio constante de las buenas obras. Temblemos el exercer tan augustas funciones quando nuestros labios no estan de acuerdo con nuestro corazon, y quando en medio del perfume que producen las oraciones de los justos, se levantan las funestas exhalaciones de algunas pasiones secretas. Invocad para

nosotros, hermanos míos, la bondad, la paciencia y la misericordia de nuestro Dios, mientras que atraemos sobre el pueblo por medio de este homenaje el espíritu de fé y de amor, y la gracia de la reconciliación. No perdamos de vista al Sacerdote al tiempo de *incensar* en las Misas solemnes, para que podamos comprender el sentido de esta ceremonia exterior.

Primero *inciensa* en medio del Altar el pan y el vino que han de consagrarse, y dice esta breve oración que explica claramente el espíritu de la ceremonia: *este incienso, Señor, que ha merecido vuestra bendición, sube a vos para que os dignéis mirar con ojos de piedad los dones que os vamos á ofrecer, y que vuestra misericordia descienda sobre nosotros, como una especie de cambio que quereis hacer con el honor que os tributamos.* Entonces el Sacerdote baja á los pies del Altar, se arrodilla, y dice estas palabras del Psal. 140. *Señor, que mi oración suba hasta vos, como el humo del incienso que voy á quemar en honor vuestro.* En esta ceremonia ¿no vemos, hermanos míos, que cumple á la letra el Sacerdote el pre-

cepto que nos da el Espíritu Santo de preparar nuestro corazón ántes de la oración? ¿Y qué cosa podrémos pedir mas necesaria sino que nuestra oración se asemeje al incienso, y que vaya en derecha al objeto á quien la dirigimos? Quando en este santo ejercicio os encontrais tibios y disgustados, ¿por qué no haceis uso de estas mismas palabras para atraer sobre vosotros el espíritu de recogimiento? Porque no decís: Dios mío, que mi oración suba hasta vuestro trono, que mi espíritu no se sienta agravado con el peso de los objetos carnales. Vos sois el que nos dispensais la gracia de orar con fervor, y no podemos decir que os honramos dignamente, sino quando vos mismo arreglais y santificais nuestras adoraciones: atraed por tanto nuestro corazón ácia vos, como el humo de un incienso de agradable olor.

Dichas estas primeras palabras, sube el Sacerdote al Altar para incensar las demas partes de él, y despues de haber *incensado* la cruz, *inciensa* las reliquias de los Santos que la Iglesia acostumbra depositar en este lugar sagrado, y luego dice: *que la ele-*
TOM. I.—M m

vacion de mis manos no sea semejante al sacrificio de la tarde. El Sacerdote tiene casi siempre en la Misa las manos elevadas para excitar al Pueblo á que levante su corazon á Dios, pidiéndole con la breve oracion que acabamos de referir que esta señal exterior y sensible produzca en él y en todos los circunstantes un efecto interior, y que su Sacrificio, junto con el de Jesu-Cristo, consiga ser agradable, no como el Sacrificio de la tarde que se ofrecia en la ley antigua, sino como el que Jesu-Cristo ha ofrecido sobre la cruz, representado y continuado en el de la Misa. *Poned, Señor, añade el Ministro, una guarda á mi boca, y una barrera de circunspeccion á mis labios.* ¿Qué frutos, en efecto, podemos esperar de nuestras oraciones, si nuestra lengua se mancha con discursos profanos, si nuestros labios se prestan á la mentira? La boca del impio, dice el Profeta en otro lugar, es como un sepulcro abierto que exhala de sí un hedor de muerte, y Dios pide que nuestras oraciones sean como un perfume que se eleva hasta el trono de su Magestad. Estas palabras nos mani-

fiestan, que esta ceremonia no es ménos interesante para el pueblo que para el Sacerdote que celebra. Si éste debe tener siempre en sus labios la ciencia y la verdad, aquellos deben desterrar todo lo que tenga visos de pecado. Por tanto dice el Ministro en su nombre, y el del Pueblo: *no permitais, Señor, que mi corazon se aficione al espíritu de malicia que solo procura engañar con sus palabras; porque entónces, despues de haber seducido á los demas, me seduciria yo á mí mismo buscando excusas para mis pecados, y esta disposicion es la mas opuesta al espíritu de oracion.* Buscad al Señor, dice un Profeta, con un corazon sincero, y en efecto, si nos acercamos á él con un corazon doble y disimulado que no conoce sus faltas, y procuramos debilitar y rebajar su enormidad, caminamos á paso largo ácia la impenitencia final. Esta desgracia es entre todas la mas temible para nosotros; esta es la disposicion mas opuesta al Sacrificio que vamos á ofrecer; y por esto poniendo el Sacerdote el incensario entre las manos del Diácono, concluye la oracion con estas palabras:

que el Señor encienda en nosotros el fuego de su amor, y que nos inflame en una caridad eterna. El fuego de la caridad es el que tiene solamente la fuerza de trocar el espíritu de hipocresía y de disimulo, y de ablandar el espíritu de impenitencia que el Sacerdote quiere alejar de sí y de los asistentes para celebrar el augusto Sacrificio.

Concluycamos estas reflexiones considerando que en adelante no debemos mirar las *incensaciones* que se hacen en la Iglesia como una ceremonia esteril destinada á engañar á los Cristianos con un espectáculo brillante: que siempre que la Iglesia observa este uso, quiere traer á nuestra memoria la necesidad de la oracion, juntamente con las disposiciones que se requieren para que sea provechosa; que las *incensaciones*, que siguen á la oblacion del pan, y del vino, nos inspiran estos sentimientos de la manera mas sensible: que las oraciones que se dicen al tiempo de hacer esta ceremonia, nos dan una idea exácta de las obligaciones comunes á los Sacerdotes y á los fieles; y finalmente que es útil repetir las con el Sa-

cerdote, con tal que se conforme el corazon con ellas segun es debido.

Si nosotros, hermanos míos, pudiésemos sostener siempre este carácter de reflexion y de meditacion, penetrariamos otros muchos usos que hasta aquí no hemos alcanzado, los quales nos presentarian un sentido propio para alimentar nuestra piedad, para afirmar nuestra fé, fortificar nuestra esperanza, é inflamar nuestra caridad: entónces conseguiriamos fuerzas contra tantos incrédulos é impios que nada respetan, porque no quieren estudiar ni conocer nada, y encontraríamos motivos de edificacion y de salvacion en las mismas cosas que son con frecuencia la materia de sus burlas, y de sus sátiras: entónces se renovaria entre nosotros la simplicidad de nuestros padres, la qual es muy poderosa contra esa sabiduría que infla el corazon, y esa miserable filosofia que obscurece las luces de la fé: entónces seriamos sabios, pero con sobriedad, ilustrados con humildad y simplicidad, y zelosos por el culto de Dios, pero segun la ciencia.

¡Oxalá que yo pueda inspiraros estos loables sentimientos, ya que en al-

gun modo he procurado satisfacer vuestra curiosidad, é instruiros en las prácticas y costumbres de la Iglesia! Vosotros debeis fomentar esta curiosidad, pues siendo dirigida á proporcionar vuestra instruccion, tendreis un medio para deducir las reglas y los principios de una conducta verdaderamente cristiana, y conseguireis aumentar los deseos de los bienes eternos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL LAVATORIO.

PSALMO XXV. V. 6.

*Lavaré mis manos entre los inocentes :
y estaré, Señor, al rededor de tu
Altar.*

LA Iglesia ha escogido este verso y los siguientes del Psalm. 25. como los mas propios para expresar las disposiciones que quiere inspirar á los fieles en esta ceremonia. Voy, hermanos míos, á daros una explicacion de ella con la claridad que me sea posible, y á este fin repartiré esta materia en dos Instrucciones. En la primera conside-

raré esta ceremonia con relacion á su espíritu, y á su fin, examinando las circunstancias en que la Iglesia ha dispuesto que se observe; y en la segunda trataré solo de explicar el Salmo que acabo de citar. Dios quiera que yo consiga inspiraros los sentimientos de humildad y de contricion, que son indispensables para presenciar con fruto el santo Sacrificio de la Misa.

A tres preguntas se reduce quanto tengo que deciros de la ceremonia que es el objeto de este discurso. Primera, en qué parte de la Misa se ha fixado esta ceremonia, y quáles son sus efectos. Segunda, de qué manera se observa, y los misterios é instrucciones que contiene. Tercera, por qué causa ha establecido la Iglesia esta práctica.

El Sacerdote debe lavarse los dedos inmediatamente despues de la oblacion, y ántes de entrar en la parte que sirve de preparacion á la consagracion: es decir, que la Iglesia poniéndonos siempre á la vista las disposiciones de inocencia y de pureza que exige el santo Sacrificio, quiere que el Sacerdote se acuerde asimismo esta obligacion indispensable, y que la traiga tambien á la

memoria de los fieles. En el libro del Levítico se decia, á los Ministros del Antiguo Testamento: *purificaos ántes de tocar los vasos del Señor.* Este fué el origen de las piscinas que habia á la entrada del Templo, y aun á la inmediacion de los altares: de aquí nacia el cuidado de todos los que estaban destinados al servicio del Tabernáculo antiguo para conservar las oblaciones en toda su pureza: de aquí las leyes penales que prohibian la entrada en el Templo, y la participacion de las Hostias, no solo á los adulteros y á los homicidas, sino tambien á qualquiera que tuviese una mancha, aunque fuese involuntaria; y estas leyes tan escrupulosas no eran, sin embargo, mas que una sombra, y una figura. La Iglesia de Jesu-Cristo, aunque no ha adoptado como la Sinagoga estas purificaciones exteriores, con todo no las desprecia. Ella nos enseña que la pureza que Dios pide es la del corazon, pero no excluye el aseo y la compostura exterior que exige la decencia; y así quiere que los vasos destinados al Sacrificio sean de un metal puro, como tambien que haya la mayor limpieza

en los purificadores y en los corporales. Asimismo prescribe á los Pastores que vigilen con todo cuidado sobre este punto exterior de su disciplina: en los primeros siglos confiaban los Obispos á los Arcedianos de su Catedral el cuidado de visitar las Iglesias que estaban distantes, para asegurarse de que se mantenian con aquella decencia correspondiente, desempeñando por sí mismos este encargo en los Pueblos donde habian fixado la silla de su residencia.

La Iglesia no satisfecha con esta limpieza exterior de los vasos y ornamentos destinados al Sacrificio, y aun suponiendo que el Sacerdote se ha lavado ya con todo esmero ántes de revestirse, le impone la obligacion de lavarse en el Altar las extremidades de los dedos despues de la oblacion, y ántes del Cónon, á fin de que esta nueva purificacion preceda inmediatamente á la accion misma del Sacrificio, y pueda tratar los santos misterios con una pureza inviolable. Esta ceremonia se executa al extremo del lado izquierdo del Altar, cuyo uso se ha tomado de la forma de las antiguas Iglesias, en

las quales se ponian los Ministros inferiores en este lado para tener mas á la mano los vasos y las demas cosas necesarias al servicio. El Sacerdote debe considerar que la Iglesia no solo quiere purificarle exteriormente, para que pueda recibir con toda dignidad al Santo de los Santos, sino que principalmente le indica en esta ceremonia la necesidad de limpiar su corazon de todos los pecados, advirtiéndole que si la menor mancha no le excluye de la participacion de los santos misterios, exige á lo ménos de su parte un sentimiento verdadero de contricion y de dolor. En esta ceremonia han querido designarnos los Padres de la vida espiritual los pecados veniales, esos actos imperceptibles de la voluntad que cometemos con frecuencia por un efecto de la fragilidad humana. Estas faltas no quitan la justicia, ni prohiben la entrada en el Santuario; pero debilitan la caridad, y hacen mucho mas temibles unos misterios que deberian confiarse solamente á los Angeles, y á los Santos. Vosotros, hermanos míos, seguid en este momento al Sacerdote, y renovad la confesion que habeis hecho al principio

lavándoos con él la extremidad de vuestros dedos, detestando sinceramente el pecado, y rogando á Dios que discierna vuestra causa de la del impio, el qual, segun el testimonio de la Escritura, traga la iniquidad como el agua, y se familiariza con ella de tal manera que ya no reconoce límites algunos: un corazon timorato está siempre sobre sí para evitar los mas pequeños deslices, y si á pesar suyo incurre en ellos, inmediatamente procura levantarse y llorar su flaqueza.

La Iglesia por medio de esta ceremonia nos quiere conducir á una santidad perfecta, y así ante todas cosas quiere que nos preparemos por el Sacramento de la penitencia, y nos excita á una contricion viva y sincera. Este es el fin á que se dirige desde el principio de la Misa, y para esto ha ordenado que el Sacerdote y los asistentes hagan en general la confesion de sus pecados, y pidan á Dios que les dispense su misericordia. Hecha esta primera diligencia permite al Ministro que suba al Altar, y á los asistentes y circunstancias que le sigan en espíritu; pero quiere que sus sentimientos sean

siempre los mismos, de manera que en todas las oraciones reconozcan sus pecados, y soliciten su remision. En la oracion preparatoria para el santo Evangelio, dice el Sacerdote: *Señor, limpia mi corazon, y mis labios: y quando acaba de leerlo, pide que le perdone por la virtud de la divina palabra.* En fin, el Sacerdote en su nombre, y en el del Pueblo, siempre se reconoce culpable, solicita sin cesar la indulgencia y la gracia, y acaba lavándose la extremidad de los dedos por el temor de que á pesar de todo su cuidado no le quede todavía algun pecado olvidado, y desconocido. ¿Puede, hermanos míos, llevar mas adelante la Iglesia estas precauciones? Si nosotros hemos de entrar en sus miras, ¿podremos distraernos de la atencion y del respeto que exigen los tremendos misterios? Penetrémonos pues de aquellos sentimientos que nos pueden hacer dignos de ellos, y principalmente renovemos los de humildad y temor para considerar la grandeza de la víctima, la baxeza nuestra, y la desproporcion infinita que hay entre el Eterno y nuestra mortalidad. Confundámonos al separarnos del Al-

tar con los pecadores penitentes, para que no nos confunda Dios con los impios quando nos acerquemos á este lugar santo. A estas disposiciones se reduce la Instruccion que nos ofrece la Iglesia, quando se lava el Sacerdote; pero no esperemos este tiempo para meditar las verdades que nos enseña esta tierna madre, y para excitar en nosotros los sentimientos que nos inspira.

Haced, Dios mio, que nuestros homenajes sean dignos de vos, es decir, que se ofrezcan por un corazon puro y sincero; que se apoyen sobre una humildad y una piedad sólida; que se sostengan por el fervor, y que se animen por la caridad. Haced que siempre que nos acerquemos á vuestro Altar, un temor santo nos detenga, mientras que por otra parte nos conduzca á él una justa confianza. Haced sobre todo que lleguemos á conocer que sois grande, y nosotros miserables: que sois poderoso, y nosotros débiles: que sois justo, y nosotros pecadores. Este conocimiento despertará en nuestro corazon la vigilancia y el temor; pero tambien el reconocimiento, la confianza y el amor reanimarán la idea de vuestra misericordia. Así sea.

SEGUNDA INSTRUCCION

SOBRE

LA MISMA MATERIA.

Voy, hermanos míos, á explicaros el versículo del Salmo que va por cabeza de la instruccion antecedente. No basta que estudiemos el fin y el espíritu de la ceremonia que acabamos de explicar, si no meditamos las palabras que ha escogido la Iglesia para ella; y así sin detenerme en el sentido literal, y pasando al figurado y al espiritual, voy á presentaros algunas reflexiones, las cuales sin duda podrán contribuir á que saqueis algun fruto de esta ceremonia; pero acostumbraos á repetir las demás oraciones con tanta indeferencia; podré prometerme que digais ésta con mayor fervor? A este fin se dirige el presente discurso, y pido vuestra atencion.

El Salmo que voy á explicar la can-